

Lauro Zavala (sel. y pról.). *Cuentos vertiginosos. Antología de cuentos mínimos*. México: Alfaguara, 2000, 184 páginas.

El armado de una antología es siempre un acto en el que el rigor intelectual se ve involuntariamente sometido al deseo. La posición del antologista, sus preferencias, sus amores y sus rechazos se filtran en el momento de elegir un tramo de lectura sobre una totalidad, y el tramo que se organiza debe tener el carácter de representación. Siempre nos queda la impresión de que una antología es antes que nada un acto de lectura que nos habla más del lector que del texto leído: la fineza mayor estaría, entonces, en que el antologista nos guiara por el mapa de sus elecciones permitiéndonos, sin embargo, la libertad de trazar nuestra propia cartografía.

Lauro Zavala nos propone en estas páginas algunas de las mejores minificciones escritas en América Latina: en no más de cuatrocientas palabras, cada texto nos aguarda, nos sorprende, nos invade y polemiza con las versiones que inventamos ante esta mínima presencia de la letra. El ojo queda atrapado en la seducción de la propuesta, pero anclado apenas en el breve lapso que lleva la lectura de cada apuesta; en el mismo movimiento se lo libera para que recupere en el horizonte la nueva trayectoria de un territorio posible.

Desde los nombres de Julio Torri, Macedonio Fernández, a través de las vanguardias, la narrativa de los 60, hasta esta incipiente posmodernidad latinoamericana, la minificción se ha ido afirmando como un fenómeno peculiar de nuestras letras que combina la concisión lapidar, un trabajo artesanal con el lenguaje, una concepción casi poética de la escritura, junto con una mirada sobre la realidad siempre mediatizada por una biblioteca de Babel. No es casual que el sector que cierra la selección se denomine “Cuentos sobre cuentos”, porque cada minificción establece un diálogo con la tradición cultural, cada una de este sector y de los que lo anteceden.

Fiel al obsesivo cuidado de quienes compilan, Zavala no se contenta con un mero acto de elección, sino que propone con *Relatos vertiginosos* una figura final tan importante como las partes que la componen: el cuerpo central del libro está compuesto por dos zonas; la primera incluye ocho autores, representados cada uno con ocho textos. De este modo, la primera parte está nucleada en torno a un octaedro –referencia al ausente Cortázar, quien sin embargo proyecta su presencia sobre el armado del libro: “modelo para armar” lo denomina Zavala en el prólogo– en el que los nombres de los autores definen los puntos de la figura: Óscar de la Borbolla, Eduardo Galeano, Juan José Arreola, Augusto Monterroso, Ana María Shúa, Luisa Valenzuela,

Felipe Garrido, Manuel Mejía Valera, Luis Britto García. La segunda parte la componen seis sectores reunidos bajo los títulos “Universos”, “Historias de amor”, “Retratos”, “Sirenas”, “Dinosaurios”, “Cuentos sobre cuentos”. Cada sector de esta segunda parte es, a su vez, una pequeña antología de minificciones de diversas plumas. Si Cortázar tutela la figura de la primera parte, la sombra del Borges de *Manual de Zoología Fantástica* se dibuja en la segunda: aquí también el calidoscopio es la única brújula del lector en el recorrido por esta fauna imaginaria. Ni Cortázar ni Borges aparecen en sus textos, pero ambos conectan los itinerarios no en tanto escritores, sino como lectores ejemplares.

La totalidad de los textos reúne treinta y dos autores de Argentina, México, Colombia, Perú, Ecuador, Guatemala, Uruguay y Venezuela. Con los que no han ingresado en esta selección Zavala ya indica la posibilidad de un segundo volumen.

El ineludible “Prólogo” evacua en siete respuestas, siete preguntas centrales acerca de qué es la minificción y cómo se puede armar un libro con ellas. Aquí se advierte que la compilación está dirigida a lectores jóvenes; en realidad, creo que apunta a quienes aún puedan jugar con la lectura: a las formas y a las figuras que propone el armado del volumen se les proyectan las que cada lector desee crear.

Las “Referencias bibliográficas” con que se cierra el libro nos indican las fuentes de donde han sido extraídos los textos y, de algún modo, se vuelven una provocación a continuar leyendo –en cada una de las obras– lo que nos resta.

Zavala antologista, lector de minificciones y amable guía, nos propone un viaje vertiginoso por esta provincia de la literatura –que puede parecerse al laberinto o a la rayuela –, de cada nuevo lector dependerá que la recorra a pie, a vuelo de pájaro o montado sobre la nube de su propia imaginación.

Laura Pollastri
Universidad Nacional del Comahue